

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

GRAN BARATO DE CALZADO

— DE —

ANTONIO PEREZ

PLAZA DE SAN PEDRO 7 Y 8 FRENTE A LA IGLESIA

Antes de comprar calzado visitad este antiguo y acreditado establecimiento, donde se han recibido las novedades en zapatos de señora para la presente temporada.

Calzado de caballero, clase superior, precios increíbles. Los de lona desde 10 reales en adelante.

Zapatos lona, bebé, para señora, á seis reales; y botas, también de lona, y en toda clase de colores, á 8 reales.

PLAZA DE SAN PEDRO 7 Y 8, FRENTE A LA IGLESIA

AL DIA

¡AL AGUA PATOS!

Se acerca la Canícula y hay quien suda el quilo y hasta el quintal métrico.

Los baños se imponen, como único remedio eficaz y el Mediterráneo con sus tranquilas ondas, que diría cualquier poeta veraniego, nos invita al remojo con corchos ó sin ellos, según las facultades nativas del individuo.

Y á la verdad que no hay placer como zambullirse en el mar, sentir el arrullo de las olas, dejarse besar por ellas, hacerse la ilusión de que lo han besado á uno las «náyades» y «ondinas» de que nos habla la mitología, y secarse después en una sábana rusa por veinticinco céntimos de pesetas.

El baño de mar tonifica, dá brillo y esplendor y abre el apetito... suponiendo que el apetito puede estar cerrado.

Hay quien después de un baño en el mar se come un pavo trufado y se queda tan fresco.

Que es el verdadero ideal en la Canícula.

Todo el mundo goza en el baño, pero especialmente los amantes platónicos del bello sexo pasado.

Hay individuo que se pasaría la vida al lado de las esteras que cubren la alberca de señoras, si lo dejara la pareja de vigilancia.

Sentir el grito de la mujer amada cuando el agua cubre sus ebúrneas carnes. (Las carnes de las chicas que se bañan todas se suponen ebúrneas) imaginar sus voluptuosas formas, ser acariciado por las mismas espumas que acarician su turgente seno, soñar con la frescura de su cutis despues de dos ó tres zambullidas, y mirarla salir radiante, con la faz pálida y el

cabello húmedo, es el placer de los dioses... de los dioses liquido elemento.

Nosotros, los positivistas, los que vivimos en perpétua prosa, no vemos en el baño más que la acción higiénica que ejerce en la economía animal y cantamos á sus efectos medicinales sin meternos en más pormenores.

Hay persona que entra en el agua á principios de temporada hecha un cangrejo y sale en Octubre hecho un besugo reluciente y gordo.

¡Nada, señores, abajo el calor y que viva la mar salada!

Y los que no salgamos de Murcia que ¡viva la balsa del Circo!

CUENTOS Y NARRACIONES

SOR VICENTA

Durante los terribles días del mes de Julio de 1859, en que el cólera causaba mayores estragos, eran muy contadas las personas que tenían suficiente fortaleza de ánimo para situarse en Lyon en el puente llamado de la Guillotier paso obligado de los horribles carros que en hacinado montón llevaban los cadáveres de los infelices fallecidos durante el día.

Todos los vecinos de la ciudad, temerosos del cruel azote que los diez-maba, huían de aquel sitio y daban un rodeo á fin de librarse de tan horrible espectáculo.

Por eso llamaba más la atención la insistencia con que un hombre como de unos sesenta años, de aspecto vulgar y pobremente vestido, que con la gorra inclinada sobre la frente y la ennegrecida pipa entre los dientes, se situaba todas las tardes en el centro del puente, y recostado contra el parapeto, dirigía chanzonetas y frases soeces á los carreros y encargados de tan fúnebre carga que pasaban lentamente por él en número crecido.

—¡Hola, Bonito!--decía dirigiéndose á uno.--¡Buena carga llevas hoy!

¡De seguro que entre la mercancía no habrá muchos capitalistas!... ¡Los ricos se han largado... y ahí queda eso!

Una tarde en que la mortadad había sido espantosa vió venir camino del puente un carrito tirado por un borriquillo; dentro del carro una modesta caja de pino blanco, apenas cepillado, sin pintura ni adornos; tan sólo una gran cruz de trapo azul cubría la tapa, como protegiendo el sueño eterno de la virgen que allí dentro deseaba de una vida de abnegación y crueles trabajos.

¡Era el modesto entierro de una Hermana de la Caridad!

Otra Hermana seguía á pie detrás del carro, como dando escolta de honor á la compañera que había muerto valerosamente en el heroico cumplimiento de su deber.

Al pasar cerca del hombre de la pipa soltó éste una estrepitosa carcajada, y encarándose con la pobre Religiosa la dirigió una porción de frases indecentes, mezcladas de las mayores blasfemias, llevándole su furor, al ver la mansedumbre de la pobre Hermana, hasta cogerla de un brazo y zamarrearla brutalmente.

Con inalterable serenidad alzó la Hermana su mirada tranquila sobre el energúmeno que tan sin razón la atropellaba, y con voz humilde, pero de timbre tan sonoro como apacible, le dijo:

—Os ruego que me dejéis seguir al cuerpo de mi Hermana.

—¡Hipocresías y farsas de monja!— contestó el hombre brutalmente.—Si se ha muerto—añadió,—dejadla en paz y no os ocupeis de ella... Ea, venid conmigo... os convido á unas copas y os irá mejor que no siguiendo á ese cuerpo podrido.

—Dejadme, señor; ¡os lo ruego!

—¡Bah!... ¡Dejaos de farsas!... Venid á coradme, que estoy muy malito—añadió haciendo visajes y contorsiones, con gran regocijo de algunos carreteros que impasibles presenciaban la escena.

Quedóse la Hermana un instante mirándole fijamente, y con voz grave le dijo:

—Efectivamente, creo que en breve necesitareis de mis cuidados.

—¡Yo!--dijo el hombre soltándola y poniéndose densamente pálido.

—Sí, vos...; y por si acaso, no olvidéis mi nombre... Haced que en el Asilo avisen á Sor Vicenta.—Y sin esperar respuesta, aprovechando el momento de estupor que sus palabras le causaron, corrió á situarse detrás del convoy de su compañera, pasando tranquilamente las cuentas de su grueso rosario, y como si nada absolutamente le hubiese ocurrido de la anterior escena.

A las nueve de la noche fueron á reclamar los auxilios de Sor Vicenta para un infeliz que se moría.

Subió la Hermana á una bohardilla, tan estrecha como asquerosa, y sobre

un colchón medio deshecho, y sin más cabezal que un montón de trapos, vió á un enfermo que presentaba todos los síntomas de un caso fulminante.

Era el hombre de la pipa. Al punto lo reconoció Sor Vicenta, que echando mano del pequeño botiquín que llevaba consigo, empezó á prodigarle los cuidados que su estado requería.

—Estais muy mal así--le dijo Sor Vicenta;—mientras algún vecino se queda á vuestro lado corro á buscar una manta para abrigaros y una medicina para daros fricciones.

—Ya veis cómo me acordé, y os he llamado... ¡Teniais razón al decirme que pronto os necesitaría!... ¡No me abandonéis, Hermana!...

—¡No tengais cuidado, que aquí estaré para asistirlos!

—¿Me perdonáis?--añadió el hombre con voz suplicante.

—¡En nada me habéis ofendido!--respondió Sor Vicenta con dulzura.

—Sí, sí; he sido un malvado burlándome de las cosas santas, y Dios me ha castigado; pero yo sabré también castigarme.—Y arrastrándose trabajosamente, se quitó de encima del colchón, acostándose en el suelo, y extendiendo los brazos en cruz, dijo con voz anhelosa:—¡Quiero morir como murió Cristo Nuestro Señor por nosotros!... ¡Rogad por mí!

Y con asombrosa fuerza de voluntad continuó en dicha postura, no obstante sus atroces sufrimientos, hasta rendir el último suspiro.

Sor Vicenta no le abandonó, y después de prestarle los servicios más delicados en su desamparo y miseria, siguió al día siguiente detrás de sus restos hasta el cementerio, rezando por aquel desgraciado que había muerto arrepentido de sus faltas por la Bondad Divina, y tal vez impresionado por la mansedumbre y abnegación de la Hermana de la Caridad.

R. LERMONT,

NOTAS MADRILEÑAS

Telegrafian de Nueva York dando noticia de una espantosa catástrofe.

En el muelle de la estación de la Independencia, en Colorado, produjose esta mañana una formidable explosión.

La alarma fué grande y el pánico inmenso.

Trascurridos los primeros momentos, cuando acudieron los empleados al lugar de la explosión, vieron que á consecuencia de ésta había 16 obreros muertos y nueve heridos.

Reconocidos éstos, los médicos dictaminaron que las heridas sufrían eran mortales de necesidad.

Los empleados de la estación están firmemente convencidos de que se trata de un atentado.

